

# Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

## El testimonio sobre la Resurrección según los Hechos de los Apóstoles [The testimony of the resurrection according to Acts]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.  
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy  
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Guillet, Jacques
Publisher	Ediciones Encuentro
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-10 18:34:52
Link to Item	<a href="http://hdl.handle.net/20.500.12424/213579">http://hdl.handle.net/20.500.12424/213579</a>

*estudios*

# El testimonio sobre la Resurrección según los Hechos de los Apóstoles

por  
Jacques Guillet, S. J.

Los *Hechos de los apóstoles* no aportan datos particulares sobre la resurrección de Jesús. Nada que equivalga a la tradición antigua recibida por Pablo desde sus primeros pasos en la fe, y transmitida a las comunidades que fundaba (1 Cor. 15, 3-5). Nada tampoco que corresponda a los relatos de apariciones con los que acaban los evangelios. A lo sumo, unas palabras de Pedro en su discurso de Cesarea, nos enseñan que Jesús «ha manifestado su presencia... a nosotros, que hemos comido con él y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos» (Hech. 10,41), mientras que el prólogo del libro relata que Jesús resucitado «se había hecho ver (de sus apóstoles) durante cuarenta días, proporcionándoles más de una prueba (de que estaba vivo), y les había hablado del Reino de Dios» (1,3). Pero es poco probable que estas observaciones se remontan a tradiciones anteriores. Expresan sobre todo la idea que Lucas se ha hecho y que quiere dar a sus lectores acerca de este tiempo en que los testigos de la resurrección, antes de ir a anunciarla, vivieron por su cuenta la experiencia de la que iban a ser en seguida testigos «en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (1,8).

Pero en la perspectiva de los *Hechos*, esta experiencia es capital, pues es la base de todo el relato posterior. Desde Jerusalén hasta Roma, lo que mueve a Pedro y a los Once ante su pueblo, lo que lanza a Pablo a través del mundo, es unida e indivisiblemente, la fuerza del Espíritu Santo y la realidad del acontecimiento de la resurrección. ¿Cuál es, pues, este testimonio? ¿Qué aporta? ¿En qué se basa? ¿Qué reclama?

## *Resurrección y conversión*

El punto más constante en los Hechos sobre la resurrección es que ésta constituye una llamada a la conversión. Hay grandes diferencias entre lo que

dice Pedro en Jerusalén de la resurrección, y lo que dice de ella Pablo en Atenas o en Roma. Pero hay un punto común: en todos, judíos o paganos, la resurrección debe determinar un cambio de vida, una decisión radical. Si se quiere comprender el sentido de esta decisión, bajo las diversas formas en que se presenta, hay que recorrer el libro de punta a cabo.

### 1. *En Jerusalén*

En Jerusalén, ya sea ante la multitud reunida, compuesta de «judíos piadosos venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo» (2,5), ante «el pueblo congregado... en el pórtico de Salomón», en el Templo (3,10) o ante «los jefes, los ancianos y los escribas» reunidos en tribunal (4,5; 5,27), el mensaje de Pedro es el mismo: «hay que arrepentirse y volver a Dios, para que los pecados sean borrados» (3,19; cfr. 2,38; 4,12; 5,31). Los pecados de que se trata son evidentemente todos los que han podido cometer los oyentes, ya que, al resucitar a Jesús, Dios le hizo «Príncipe y Salvador, para dar a Israel el arrepentimiento y el perdón de los pecados» (5,31). Pero la resurrección acaba de mostrar precisamente a lo que han conducido todos estos pecados: a llevar a la muerte al Justo, al Santo, al Mesías que Dios había prometido a su pueblo y que le había dado en la persona de Jesús de Nazaret.

De esta muerte es responsable Jerusalén entera. Ciertamente Pedro no ignora los hechos; no confunde el decisivo papel de los sumos sacerdotes y de los jefes con la pasividad de la población, sabe que los jefes mismos han obrado en la ignorancia (3,17) y no pensaban atentar contra Dios directamente. Permanece el hecho de que, aunque sólo fuera dejando cumplirse la iniquidad, los habitantes de Jerusalén, cada uno según su sitio, su conciencia y su poder, son todos colectivamente responsables de la condena a muerte de Jesús, responsables como lo son también cuando una iniquidad se comete públicamente en una ciudad o en un pueblo, todos los que podrían intervenir y no se mueven. Responsables, con motivo más preciso todavía, porque la ejecución de Jesús no solamente fue pública: fue públicamente proclamada como el castigo merecido por aquel que se había declarado ante sus jueces Mesías de Dios y rey de Israel. Semejante declaración no podía dejar indiferente a nadie en Jerusalén: si era cierta, obligaba a tomar partido por Jesús; si era falsa, a rechazarle. La abstención no era posible. Por eso todos los discursos de Pedro en Jerusalén contienen la acusación directa: «Vosotros le habéis matado» (rechazado, crucificado, entregado... 2,23; 3,13; 4,10; 5,30).

Lo que se podría tomar por un efecto de estilo o por una severidad intolerable es de hecho la revelación de la verdad inaudita y salvadora. Si Pedro echa en cara a Jerusalén su pecado, no es para agobiarla, sino por el

contrario para llevarle la noticia inimaginable: al resucitar a Jesús, Dios no se venga de un pueblo culpable, sino que le ofrece su perdón. Pues Jesús ha muerto perdonando (Lc. 23,34), ofreciendo su muerte al Padre para obtener el perdón de sus hermanos. Resucitando a su Hijo, haciendo aparecer la justicia y la santidad del Cristo, Dios había atendido la oración del Crucificado, perdonaba a Jerusalén, ofrecía la salvación a Israel, le presentaba a su Mesías. Lejos de apelar al castigo y de exigir reparación, las acusaciones de Pedro son la revelación de la misericordia suprema: para el pecado más grave, para la negativa que lógicamente habría debido encerrar a Israel en su perdición, Dios ha encontrado la respuesta: Arrepentíos, creed en la Buena Noticia, en el Evangelio del perdón.

Sin embargo Pedro añade una exigencia: «Arrepentíos; que cada uno de vosotros reciba el bautismo en el nombre de Jesús» (Hech. 2,38). Porque el pecado de Jerusalén fue un acontecimiento visible, y ha creado una situación que ha llegado a ser un hecho irreversible y que forma parte del destino de la ciudad: ha rechazado a Jesús. Para transformar esta situación no bastan simples arrepentimientos, por amargos y profundos que sean: es preciso que «cada uno» haga un gesto, dé un paso. Nunca un paso hacia atrás, como si el suceso pudiera ser abolido. Un paso hacia delante, un paso en la fe, para unirse al grupo de los que llevan «el nombre de Jesús».

Este grupo es el de los discípulos y los testigos. También ellos han participado del pecado de Jerusalén, y su falta ha sido más grave que la de otros muchos: han abandonado a su maestro, después de haberle prometido fidelidad. Pedro, el más próximo, le ha negado públicamente por tres veces. Después, al encontrar la mirada de Jesús, lloró amargamente. Pero las más amargas lágrimas habrían sido vanas, si Jesús resucitado no hubiera venido atraerle su perdón, a garantizarle su confianza, a confirmarle en su misión.

Como Pedro ha pecado, tanto y más que las gentes de Jerusalén, puede denunciar, sin sacar de ello una gloria propia, la culpabilidad de su pueblo; como ha recibido el primero el perdón de su Señor, puede anunciarlo a todos los culpables. Pero es preciso que éstos pasen a su vez la experiencia de Pedro y de sus compañeros, que estén como ellos tocados y embargados por el Resucitado. Esta experiencia no será idéntica a la suya: Pedro no promete a los que se conviertan ver al Señor, pero les promete algo mejor, el Espíritu Santo. Es el don esencial, la promesa misma de Dios, la que cumple y contiene todas las otras (Lc. 24,49; Hech. 1,8; 2,33) y el Espíritu es el mismo para todos. Para recibirlo, el camino normal es el que primero Jesús hizo seguir a sus discípulos, el de la fe y la obediencia (5,32), la iniciación bautismal (2,38), la adhesión a la comunidad de Jesús, a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión fraternal y a la fracción del pan (2,42). No separarse del pueblo de

Dios, sino llegar a ser, en medio de éste, el signo de la promesa cumplida, del Reino de su Mesías.

## 2. *En Cesarea*

En Cesarea, la capital romana, el puerto abierto al mundo, la palabra de Pedro toma otro acento. La sustancia del discurso es la misma: el acontecimiento de Jerusalén (10,39), la resurrección, el perdón de los pecados (10, 40-43). Pero en lugar del arrepentimiento predicado en la ciudad culpable, el perdón aquí está unido a la fe. Cornelio, el centurión conocido por «su piedad y su temor de Dios» (10,2), no ha cometido ningún acto que deba desaprobarse y Pedro no tiene reproche que hacerle. Descubre por el contrario, al franquear el umbral de esta casa pagana que en toda la nación, quienquiera que tema a Dios y practique la justicia encuentra acogida en él» (10,35). Pero a la vez comprende que la gracia que Dios acaba de hacer a Israel está destinada a todos los hombres. Pero como esta gracia ha venido por la persona y la acción de Jesús, su muerte y su resurrección, es preciso que Pedro venga a decirlo a los que buscan a Dios, y no la conocerían sin este testimonio: «el perdón de los pecados –la purificación y el acceso al verdadero Dios– está asegurado por el Nombre de (Jesucristo) a cualquiera que ponga en él su fe» (10,43). También para estos justos hay, pues, un cambio que hacer en su vida, un paso que dar, el bautismo que recibir, que pondrá en ellos este Nombre y les unirá a la comunidad de los fieles de Jesús.

Cornelio está sin duda más dispuesto a recibir este bautismo que Pedro a darlo. Esto marca la efusión repentina del Espíritu sobre Cornelio y su casa, por lo que Pedro y sus compañeros no pueden dejar de reconocer el don mismo que ellos mismos habían recibido en Jerusalén y que constituye su nueva identidad. ¿Cómo negarse a unir a este pequeño grupo de paganos a la comunidad madre? Pedro «dio la orden de bautizarlos en el nombre de Jesucristo» (10,48); después, atendiendo su invitación, permanece con ellos algunos días. En Cesarea comienza una experiencia nueva para algunos paganos de buena voluntad, pero más nueva aún para la Iglesia, llamada a extender su mirada hasta los confines de la tierra, y a llevar allí su fe y su bautismo.

## 3. *En Antioquía de Pisidia*

En Jerusalén, Pedro no distingue y no dosifica las responsabilidades. Jerusalén es la capital del pueblo judío, la ciudad santa de Israel: los gestos que ésta realiza, las decisiones que toma tienen allí necesariamente un alcance

colectivo. Pero todos los judíos no son responsables de la muerte de Jesús. Lo que no se puede resolver en Jerusalén, por no conocer el secreto de los corazones, esto mismo se hace evidente cuando los Apóstoles se encuentran lejos del acontecimiento, frente a comunidades que no han tenido parte en ello. No se las anuncia la resurrección de Jesús como se hace en la capital. Los *Hechos* son perfectamente conscientes de ello: dan a la predicación de Pablo en terreno judío una fisonomía muy particular. Esta fisonomía es evocada repetidas veces, ya sea en Damasco, donde parece encontrar más bien hostilidad (9, 20-22), ya sea en Tesalónica, donde la acogida es variada (17, 2-4), ya sea Berea, donde es francamente simpática (17, 10-12). Pero es en la sinagoga de Antioquía de Pisidia donde los *Hechos* sitúan el discurso-tipo, el mensaje del Evangelio a los judíos de la dispersión (13, 15-41).

La resurrección ocupa en este discurso un lugar considerable, pero está situada, mucho más fuertemente aún que en los sermones de Jerusalén, en la continuidad de la historia de Israel y de los gestos de Dios. Sin duda Lucas pensó que en Jerusalén, llena todavía de la predicación de Jesús y de las cuestiones que ella comportaba, no había razón para retrasarse y que lo esencial era aclarar la cuestión decisiva referente a Jesús y su relación con Dios. En Antioquía, lejos de los acontecimientos, lejos también de los últimos debates, Pablo, si se puede decir así, retrocede. Los acontecimientos, aquí también, tienen todo su sitio; incluso son expuestos con más detalle que en Jerusalén, donde todo el mundo los conocía (cfr. 13, 27-31). Pero están encuadrados por dos desarrollos basados ambos en las Escrituras, el primero sobre los dones de Dios a su pueblo, desde los patriarcas a Juan Bautista (13, 16-25); el segundo vuelve a tomar la argumentación escrituraria expuesta en el discurso de Pentecostés a partir de los Salmos 2 y 15, pero añadiendo un tema propiamente teológico y paulino: «esta justificación que no habéis podido encontrar en la ley de Moisés, es en él (Jesús resucitado) donde está plenamente otorgada a todo hombre que cree» (13,38).

La resurrección, pues, sigue siendo aquí todavía el acontecimiento capital, pero es necesario notar todo su alcance. Quisieran o no, la gente de Jerusalén se encontró enfrentada a Jesús y a su acontecimiento, y no pudo escapar de ello. Pedro no tenía más que enfrentarles a la realidad. La tarea de Pablo es diferente. Esta ya no exige quizás el valor que necesitaba el pescador de Betsaida para levantarse ante el Sanedrín, pero exigía una reflexión de la que Pedro había podido prescindir. Este se hallaba en Jerusalén, donde se había decidido siempre el destino de Israel, vivía cerca del templo, allí adoraba la *Shekinah*, la presencia invisible del Dios vivo, tenía que habérselas con los sumos sacerdotes y con el Gran Consejo, con las autoridades supremas de su pueblo. Anunciar a Jesús resucitado en Jerusalén era forzosamente cuestionar a Israel en su totalidad y todo el destino del pueblo de Dios.

Pablo no tiene un mensaje ni un evangelio diferentes, pero no puede anunciarlo de la misma manera, ni imponerlo con este carácter inmediato, que obliga a declararse a favor o en contra. Para demostrar que la resurrección de Cristo es el acontecimiento decisivo de la historia judía, y que impone a todos los judíos una opción decisiva, una visión nueva de su historia y de la obra de Dios, una nueva forma de vivir y de estar ante Dios, era preciso un Saulo de Tarso: un judío que ha llegado hasta el límite de su fe judía, un fariseo que ha consagrado su vida a la búsqueda más exigente de la santa voluntad de su Dios, un rabino que conoce a fondo la historia, la tradición y la cultura de su pueblo. Y después era preciso que este hombre, tras medir la distancia entre su ideal y el evangelio de Jesús, se haya encontrado cogido por Cristo, obligado, por esta luz y bajo esta fuerza, a dar el salto en el abismo infranqueable, y a encontrarse a sí mismo, en Damasco o en Antioquía, judío siempre, pero ante todo discípulo y testigo de Jesús. Este es el drama de Pablo, la historia que contará a los Filipenses, tentados de dejarse seducir por la grandeza judía (Fil. 3, 1-11).

Al poner en labios de Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia las palabras de justificación por la fe, Lucas hace bastante más que adornar su discurso con una nota de verosimilitud paulina: señala un rasgo esencial del anuncio al pueblo judío de la obra de Dios en Jesús: lo que buscáis en la Ley, lo que hace vuestro deseo más profundo, vuestra vocación única, Dios os lo da en Jesucristo.

#### 4. *En Atenas*

El discurso de Pablo ante el Areópago ofrece un contraste sorprendente con todos los precedentes. No es mencionada en él la resurrección más que al final y en una posición que se diría subordinada, como la «garantía» dada por Dios a los hombres para que abandonen sus ídolos. Como una especie de argumento suplementario destinado a decidir a los que no han conseguido convencer las razones verdaderas, las que desarrolla en el cuerpo del discurso: la verdadera figura de Dios, creador, único, trascendente. ¿Hay que ver en este lugar reducido dejado a la resurrección, pariente pobre de la argumentación racional, el signo de un intento desafortunado de Pablo para adoptar los caminos de la sabiduría humana? Intento cuya vanidad le habría movido definitivamente a abandonar «los discursos persuasivos de la sabiduría... para no conocer nada más que a Jesucristo y Jesucristo crucificado» (1 Cor. 2, 2-4). Es cierto que la muerte de Cristo no es mencionada en el discurso de Atenas, donde se encuentran apenas los acentos de las cartas a los Corintios.

Nada prueba, sin embargo, que el discurso ante el Areópago haya repre-

sentado algo más que un momento en el apostolado de Pablo. Tomando los *Hechos* en su conjunto, y este discurso como un fragmento en una serie de otros, se es sin duda más fiel al pensamiento de Lucas tomando esta pieza como el tipo de anuncio cristiano al mundo pagano. Sin olvidar, no obstante, que si el autor de los *Hechos* ha sabido valorar las diferencias entre las condiciones de Jerusalén, de Cesarea y de Antioquía de Pisidia, también sabe situar el discurso de Atenas en el lugar donde lo coloca, en esta ciudad siempre en movimiento, encrucijada de todas las corrientes intelectuales y religiosas. Sabiendo, pues que, incluso para Lucas, este tipo de predicación no es necesariamente el único, es ciertamente representativo, y requiere ser examinado de cerca.

Pero se impone una primera observación. Aunque es verdad que la resurrección sólo aparece al final del discurso y en un final de frase, no hay que olvidar que antes del discurso, para caracterizar la predicación de Pablo en Atenas, Lucas escribe que éste «anunciaba a Jesús y la resurrección» (17,18). No se trata, pues, de un tema secundario.

Se debe observar además que ni la colocación al final ni la brevedad de la mención deben inducir a engaño: con la resurrección, se ha producido en el mundo un acontecimiento decisivo para toda la humanidad, «una garantía dada a *todos*» y encaminada «al día en que Dios debe juzgar *al mundo*» entero (17,31). Y este acontecimiento no sólo es decisivo, sino que está en relación directa con todo lo que precede. La resurrección no es más que un instante en la historia, pero este instante pone fin a la larga aventura que le precede, la de Dios creando a la humanidad, la de los hombres partidos entre la búsqueda a tientas de Dios y las aberraciones de la idolatría (27, 22-29). Hay en esta marcha casi a ciegas, en estos «tiempos de ignorancia» como un equivalente de los tiempos que, en el discurso a los judíos, precedían a Jesús. Sin embargo, en el interior de Israel, en estos tiempos ahora revueltos, todo el acento se ponía sobre la obra de Dios que prepara a su Cristo antes de enviarlo a su pueblo. El pecado del hombre sólo aparece al final de este movimiento, pero toma entonces su forma más virulenta, en la negación y la ejecución de Jesús por Jerusalén. Entre los paganos, por el contrario, en la perspectiva del discurso de Atenas, el pecado es permanente, el rostro del verdadero Dios, se halla constantemente desfigurado, sin que por ello el hombre, oscuramente y a pesar de sus errores, cese de buscarlo.

Ahora bien, estos dos itinerarios, desembocan en el mismo punto, la resurrección de Jesucristo. A través del pecado de los paganos, difuso y constante, a través de los pecados de su pueblo y su revelación suprema en la muerte de Jesús, Dios conducía a unos y a otros al mismo momento y a la misma experiencia, el arrepentimiento y el perdón ante el Resucitado. Los caminos no eran los mismos, y sin duda la diferencia explica el silencio sobre la

muerte de Jesús en el discurso de Atenas lo mismo que la insistencia sobre esta muerte en los sermones de Jerusalén: los paganos de Atenas o de Corinto no tienen ninguna responsabilidad en ello. Pero no son menos pecadores que los habitantes de Jerusalén, y ahora son llamados, tanto como éstos, por el hecho de la resurrección, a arrepentirse y a recibir el perdón de Dios.

Reconozcámoslo: el razonamiento es aquí elíptico y no es fácil comprender la relación entre la resurrección de Cristo y el arrepentimiento. ¿De dónde viene que, por su resurrección, Jesús haya sido constituido por Dios como juez de los vivos y de los muertos? No puede tratarse de una recompensa honorífica, aunque tuviese las dimensiones del universo. Es necesario que haya un vínculo entre Jesús, el pecado de los paganos, su arrepentimiento y su perdón. Sobre este punto, el discurso permanece prácticamente mudo, y sería temerario pretender imaginar una lógica cuyos elementos nos faltan.

Quizá, sin embargo, con prudencia y discreción, sea posible, a partir de las perspectivas habituales de los *Hechos* sobre el anuncio de la salvación a los paganos, recobrar el lazo que establece Lucas entre la resurrección de Cristo y la llamada al arrepentimiento. Si Dios, al resucitar a Jesús, hace de él el Señor (2,36), el Príncipe de la vida (3,15; 5,31), o si lo pone en posesión del Espíritu Santo y le da el poder de difundirlo, con ello lo establece en una situación que desborda los límites de Israel y abarca la humanidad entera. Si existe en alguna parte del mundo la victoria sobre la muerte, es ésta una noticia que interesa a todos los hombres y que sería criminal dejársela ignorar. Si Dios puede dar su Espíritu, habitar en el corazón del hombre, invadir el de Cornelio y los suyos, es señal de que el poder del Señor Jesús no tiene límites, que derriba las barreras y hace comunicar a todos los hombres en la misma experiencia. Es la experiencia de Pedro en Cesarea, la que le hace bautizar a los paganos sin imponerles la circuncisión. Es la experiencia de Pablo, por donde quiera que avanza, y que él relata para asombro de las comunidades en las que se detiene (14,27; 15,4). Es el eje de todo el relato de los *Hechos*, y del movimiento que le lleva. Pero este poder se manifiesta siempre por una conversión, un cambio de vida. Si el discurso de Atenas está en este punto menos desarrollado que los otros, supone las mismas bases. La resurrección, este hecho único en la historia de la humanidad, no es solamente un signo extraordinario, sino que cambia totalmente la vida del hombre, abre un nuevo universo.

### *Los testigos*

El Señor escoge y consagra a los testigos de este universo nuevo. Los *Hechos de los Apóstoles* tienen sobre este punto una doctrina precisa: por un lado están «los testigos de la resurrección» de Jesús, es decir «los que después

de haberle acompañado durante todo el tiempo en que él iba a la cabeza de los suyos, desde el bautismo de Juan, hasta el día en que les fue quitado» (1, 21-22), recibieron del Señor resucitado la misión de llevar su testimonio al pueblo judío y a los paganos (1,8), son los Once y el sustituto de Judas, Matías, y por otro lado está Pablo, que, sin haber seguido a Jesús durante su vida terrestre, recibió del Resucitado una misión semejante. Su situación no es la misma, pero su misión es idéntica y tiene los mismos rasgos característicos.

Ello consiste, ante todo, en haber visto, en tener una experiencia directa de lo que anuncian. Pablo no ha visto a Jesús durante su vida mortal, y la experiencia de Damasco parece bien diferente de la de los testigos de los cuarenta días, para quienes las apariciones son un reconocimiento, el signo de la identidad entre Jesús de Nazaret y el Resucitado. Sin embargo, es inmediata como la de aquéllos, y significa igualmente una identidad, entre el Señor exaltado que se revela desde el cielo y el crucificado a quien Saulo persigue en la persona de sus discípulos. Esta visión por otra parte será seguida por otras (18,9; 26,16), mientras que las apariciones de los cuarenta días no parecen poder reproducirse, al estar ya conseguido el reconocimiento desde ahora.

Este reconocimiento encierra una diferencia. Jesús resucitado, incluso cuando reproduce ante los suyos los gestos de antaño, cuando come delante de ellos (Lc. 24,42), camina con ellos (24,15) y comparte el pan (24,31), no es la misma persona vuelta irreconocible por un disfraz cualquiera. Es el mismo, como no lo habían visto nunca, porque sus ojos habían permanecido cerrados (24,15) y no le conocían todavía. Durante su vida, y aunque él estuvo todo el tiempo con ellos, no le conocían todavía más que desde fuera, y como extranjeros (cfr. Jn. 14,9). La resurrección hace aparecer a sus ojos al verdadero Jesús, el que no habían sabido ver. No era alguien distinto de su Maestro, y éste reproduce a propósito los gestos y los comportamientos de antes de la muerte, pero es su Maestro ante su identidad profunda, en su personalidad plenamente revelada. Por eso, el testimonio que darán del Resucitado, ya se trate de los Doce o de Pablo, no se fijará solamente en el hecho de la Resurrección, de un muerto convertido en vivo, sino en la persona misma de Jesús, que sólo se define por su relación con Dios. El que han visto, es «el Señor y el Cristo» (Hech. 2,36), «el Santo y el Justo, el Príncipe de la vida, el Servidor y el Mesías de Dios» (3,13.14.18,26), «el Salvador de Israel» (5,31) «el Hijo de Dios» (13,33; cfr. 9,20).

Es decir, que su experiencia no puede reducirse a una atestiguación. Ciertamente no se sitúan en el terreno de las verificaciones positivas. Cuando afirman haber visto al Señor, no piensan en describirle, ni en proporcionar los detalles y las precisiones que permitirían autentificar sus dichos. No hay nada que menos satisfaga a un investigador, por escasas que fuesen sus exigencias, que la relación que ellos dan de su experiencia. Todo lo que saben decir es

repetir «somos testigos» (Hech. 2,32; 3,15; 5,32; 10,41; 13,31). ¿Qué juez o qué historiador estaría satisfecho con tal afirmación?

Es que este testimonio no es el de una situación privilegiada, ni el de una competencia indiscutible, ni el de una imparcialidad intachable, ni el de una autoridad reconocida. Estos hombres carecen de todo lo que califica al testigo en un asunto a dilucidar: la ausencia de cualquier interés, una posición de objetividad. Están totalmente comprometidos, no pueden proporcionar más pruebas que su palabra. ¿En qué esperan basarla?

Precisamente en el hecho de que su palabra no es de ellos, y que su testimonio es sólo atestiguación de Otro. Si fueran testigos indiscutibles y, si pudiesen aportar pruebas decisivas, entonces la resurrección sería un dato verificable, un hecho positivo, empíricamente comprobado. Pero no nos sacaría de nuestro mundo, no sería más que un accidente incomprensible en la serie de los fenómenos, un hecho más a alinear en la serie de los hechos inexplicados. No nos enseñaría nada sobre Dios, no cambiaría nada del destino del hombre. El testimonio de Pedro y Pablo es de otro orden, es la revelación de un misterio, el anuncio de la salvación de la humanidad.

El episodio donde aparece más claramente la naturaleza de este testimonio es la comparecencia de Pedro y Juan ante el Sanedrín, adonde la policía del Templo les ha llevado porque, al curar a un enfermo que mendigaba en la Puerta Hermosa, habían provocado una aglomeración sospechosa (Hech. 4, 1-14). El relato de este interrogatorio es exactamente igual al del proceso de Jesús (Lc. 22, 66-71). Entre los miembros del tribunal son citados Anás y Caifás (Hech. 4,6), los sumos sacerdotes que habían jugado un papel decisivo en el proceso de Jesús (Jn. 18, 13-27). Además, es en el patio del palacio de Anás donde Pedro, por tres veces, había negado a Jesús (Lc. 22, 54-62; Jn. 18, 15-27). Pedro, pues, se encuentra, sino en el mismo lugar —los textos no permiten llegar hasta estas precisiones— al menos en la situación de Jesús en el momento del arresto. En esta ocasión Pedro estaba en el patio del palacio, a algunos pasos de aquel a quien estaba a punto de negar, después de haberle jurado fidelidad (Lc. 22,33). Hoy Jesús ya no está visible y Pedro está abandonado a sí mismo. Sin duda muchos de los que están ahí saben la historia de aquella noche, él mismo no la puede olvidar.

Y he aquí que el renegado de la Pascua, el Galileo enloquecido por las interpelaciones de guardias y sirvientes, se encuentra enfrentado al Consejo Supremo, a las más altas autoridades de su pueblo. Pero no se contenta con responder a los interrogatorios, pasa a la ofensiva y denuncia las responsabilidades de sus jueces: «Vosotros le habéis crucificado, Dios le ha resucitado» (Hech. 4,10). ¿Hay que decir que Pedro no es el mismo? No sería apenas verosímil y no es ésta la perspectiva del texto. Este resalta por el contrario que el mismo Pedro que había negado a Jesús, es ahora capaz de defender su causa

ante un tribunal, y arriesgarse a morir por el nombre de Jesús. Ahora bien, no tiene otro argumento que presentar que su «nosotros somos testigos», pues nadie, aparte de sus discípulos, ha visto al Resucitado.

Tal es el testimonio apostólico sobre la resurrección: la presencia de una fuerza que no viene del hombre, de su valentía o de su habilidad, sino de lo alto. Esta fuerza es capaz de mantener en los discípulos de Jesús, en la ausencia visible de su Maestro, el papel y la actitud que tenía éste ante la muerte. Esta fuerza no puede venir más que de Dios, pero es preciso que venga también de Jesús, pues ella da a unos hombres los rasgos de Jesús. Si Jesús es capaz de dar a los hombres la fuerza de Dios, su Espíritu Santo, y si este Espíritu hace obrar como Jesús, es porque, viniendo de Dios, es dado por Jesús a los que apelan a su Nombre. Tal es el testimonio dado por los apóstoles: «A este Jesús, que vosotros, vosotros habíais crucificado, Dios le ha hecho Señor y Cristo, todos nosotros somos testigos de ello. Exaltado por la diestra de Dios, recibió, por ello, del Padre el Espíritu Santo prometido, y lo ha derramado como veis y oís» (Hech. 2, 32-36). Ellos dicen: lo hemos visto. Pero la fuerza de su palabra consiste en que ellos mismos se consagran a ver y a oír.

Tradujo: Carmen Magariños

#### *Nota biográfica*

Jacques Guillet, nació en 1910, ordenado sacerdote en la Compañía de Jesús en 1945. Profesor de Sagrada Escritura en las facultades del Centre Sèvres de París. Última obra publicada: *La foi de Jésus-Christ*, Desclée Editeurs, 1980.